

**CULTURA, MERCADO Y CONSUMO EN UNA PERSPECTIVA
INSTITUCIONALIZADA A LA LUZ DE LAS CONTRIBUCIONES DE KARL
POLANYI**

Alejandro Damián Rodríguez*

Resumen

En las últimas décadas, muchos pensadores han vuelto la mirada sobre la obra de Karl Polanyi buscando otros enfoques alternativos al paradigma económico neoclásico. En este breve trabajo analizaremos las intersecciones entre economía y cultura, realizaremos un análisis de la institución mercado, específicamente del tipo autorregulado y, finalmente, reflexionaremos sobre las fases del proceso económico. Nos concentraremos en la fase final de ese proceso: el consumo. Los aportes de Polanyi mantienen su vigencia a pesar del paso del tiempo y pueden ofrecernos pistas para comprender mejor las crisis cíclicas de la economía de mercado capitalista.

Palabras clave: economía, cultura, mercado, consumo

* Licenciado en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA). Maestrando y Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Becario Doctoral del CONICET. Correo Electrónico: arodriguez@conicet.gov.ar

CULTURE, MARKET AND CONSUMPTION IN AN INSTITUTIONALIZED APPROACH IN LIGHT OF THE CONTRIBUTIONS OF KARL POLANYI

Alejandro Damián Rodríguez*

Abstract

In recent decades, many thinkers have turned their gaze on the work of Karl Polanyi seeking alternative approaches to the neoclassical economic paradigm. In this short paper we analyze the intersections between economic and culture, will analyze the market institution, specifically the self-regulating type, and finally reflect on the phases of the economic process. We will concentrate on the final stage of this process: consumption. Polanyi's contributions remain valid despite the passage of time and may offer clues to understand better the cyclical crisis of the capitalist market economy.

Keywords: economy, cultura, market, consumption

* Licenciado en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA). Maestrando y Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Becario Doctoral del CONICET. Correo Electrónico: arodriguez@conicet.gov.ar

**CULTURA, MERCADO Y CONSUMO EN UNA PERSPECTIVA
INSTITUCIONALIZADA A LA LUZ DE LAS CONTRIBUCIONES DE KARL
POLANYI**

Alejandro Damián Rodríguez

Introducción

La obra de Karl Polanyi, fundamentalmente su texto cumbre *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, ha recobrado mercedamente su valor. En las últimas décadas del siglo XX y en los inicios de siglo XXI, muchos pensadores han vuelto la mirada sobre ese texto publicado por primera vez en el año 1957. A partir de su relectura han intentado buscar interpretaciones alternativas al paradigma económico ortodoxo, de las sucesivas crisis que afectan a la economía de mercado capitalista.

Está claro que las respuestas que el enfoque neoclásico nos brinda para interpretar las crisis cíclicas de la economía ya no nos resultan suficientes. También sabemos, como sugieren algunos trabajos, que varias voces disonantes, en los últimos años, han surgido dentro del mismo campo de estudios económicos:

En los últimos tiempos han arreciado las críticas a la economía ortodoxa por su excéntrica mezcla de complejidad formal y vacuidad empírica. Entre los críticos, por supuesto, se cuentan economistas radicales, pero también autores ortodoxos y un sorprendente número de premios Nobel de economía que deploran el modo en que su disciplina se ha transformado en una forma de matemática aplicada (ma non troppo) que trata de eludir las abrumadoras incertidumbres en las que, en rigor, se mueven las ciencias sociales (Rendueles, 2004:156).

La emergencia de estas voces disonantes nos indica que, a pesar de la hegemonía de la escuela neoclásica, el campo de los estudios económicos no es un bloque

monolítico. Así como la economía no puede disociarse del resto de la actividad humana en general, los economistas tampoco pueden aislarse de las demás ciencias sociales.

La perspectiva de análisis polanyiana se encuentra exactamente en las antípodas de esa forma de comprender a la economía que la aísla de su contexto social más general. El enfoque del autor aborda la economía como:

Una actividad institucionalizada a través de la cual se satisfacen las necesidades materiales de los individuos en sociedad. En esta actividad aparecen las interacciones con el medio físico y las interacciones humanas, pero lo fundamental es que todas ellas están reguladas a partir de una serie de principios de actuación creados culturalmente y que dan lugar a un conjunto de prácticas socializadas en relación a las instituciones sociales que las modelan, por las cuales los seres humanos trabajan, disponen de sus posesiones y realizan actividades en un proceso para la supervivencia. Este proceso en busca del sustento, y por tanto económico, no tiene una existencia independiente del tejido ecológico, tecnológico y social de su contexto histórico, sino que depende de una situación espacio-temporal conformada por una serie de estructuras institucionales que le dan sentido, y ordenan y organizan las acciones de los individuos (Polanyi, 1994:104-106).

En este artículo nos proponemos estudiar, en primer lugar, las contribuciones del autor al respecto de las interrelaciones que unen a la economía y a la cultura en cualquier sociedad. Desde la perspectiva polanyiana no hay posibilidades de diferenciar esferas (política, cultural, religiosa, económica): todas estas dimensiones se encuentran imbricadas¹ entre si y no pueden ser pensadas ni analizadas separadamente. En segundo lugar realizaremos un breve análisis de la institución mercado. Particularmente nos concentraremos en el tipo autorregulado. Intentaremos dar cuenta de su origen, su carácter y sus implicancias. En última instancia nos interesa analizar las dimensiones o fases del proceso económico (producción, distribución, circulación y consumo) desde una perspectiva institucionalizada polanyiana. Nos concentraremos más que nada en la última dimensión de ese proceso: la etapa de consumo.

¹ Utilizamos alternativamente los términos imbricación e institucionalización a lo largo de este texto. Cuando los usamos nos estamos refiriendo al concepto “embedded”. Aunque no existe una traducción exacta, este término refiere a un proceso de superposición, arraigo e inserción de unas estructuras sobre otras. En este sentido es que la actividad económica no puede ser disociada de toda la trama de relaciones sociales.

En las últimas décadas del siglo XX y los inicios del siglo XXI, la dimensión consumo ha cobrado cada vez más relevancia. Lejos de conformar la etapa consagrada a la destrucción del bien o el fin del proceso económico, esta fase se ha revelado como constitutiva de los procesos de identificación socio-cultural, tanto individuales como colectivos. Por eso, el abordaje de esta dimensión tampoco puede realizarse separadamente del contexto social general. El estudio de las prácticas de consumo en la actualidad debe tener en cuenta las implicancias culturales, religiosas y políticas que son movilizadas en el mismo acto de consumir y que exceden el ámbito estrictamente económico.

Valiéndonos de las contribuciones de Polanyi, y en términos generales de un enfoque antropológico, arrojaremos alguna hipótesis sobre lo que, desde nuestro punto de vista, implicaría un consumo institucionalizado y su análisis.

Intersecciones entre Economía y Cultura

La primera oración del libro *La gran transformación* es contundente: *la civilización del siglo XIX se ha derrumbado* (Polanyi, 2007:49). Aquella sociedad, tal cual la habíamos conocido, llegó a su fin después de una larga paz de cien años. Los cuatro pilares que, en perspectiva del autor, sostenían esa civilización se derrumbaron con ella. El sistema de balance de poder, el patrón oro internacional, el mercado autorregulado y el Estado liberal eran las cuatro instituciones-pilares de aquella civilización del siglo XIX.

Polanyi tiene frente a sí el corolario final de un largo proceso civilizatorio. A partir de un análisis retrospectivo, el autor realiza una arqueología de aquella civilización que lo remonta en el tiempo hasta la Inglaterra de la Revolución Industrial del siglo XVIII.

La crítica del autor a esa civilización es bien conocida: sus bases eran totalmente endeble. A principios de siglo XIX, sin embargo, había motivos de sobra para creer exactamente lo contrario. La paz de los cien años era la muestra más palpable de que una era sin conflictos había sido alcanzada. La civilización occidental había logrado, después de largas guerras y sangrientas revoluciones, su edad de oro; ya nada podría derrumbarla. Esa paz mundial dependía enteramente, en el nivel político, de los constantes reacomodamientos entre potencias. El mantenimiento de ese sistema de balance de poder dependía, a su vez, de las acciones realizadas por otra institución

política: el Estado liberal. En apariencias, ese tipo moderno de Estado había emergido para garantizar esa paz siempre al borde del abismo. Sin embargo se mostró totalmente impotente para evitar la Primera Guerra mundial. En el nivel económico, el patrón oro no era más que *el intento por extender el sistema de mercado interno al campo internacional* (Polanyi, 2007:49). Estos tres pilares (balance de poder, Estado liberal, patrón oro internacional) resultaron totalmente impotentes para sostener a la civilización del siglo XIX. Esto es debido a que, en realidad, habían surgido como productos del verdadero fundamento de aquella civilización: el mercado autorregulado. Aunque analizaremos la institución mercado en detalle en el capítulo siguiente, podemos decir aquí que todo el andamiaje de la civilización del siglo XIX había sido producido alrededor de ese tipo de mercado específico. Volveremos sobre esto más adelante.

¿Por qué la economía constituiría una esfera diferenciada del resto de la cultura de la sociedad occidental? En segundo término, ¿Por qué la actividad económica debería ser estudiada separadamente del resto de la actividad humana? Estas podrían ser, desde nuestro punto de vista, las dos preguntas teóricas que subyacen el estudio arqueológico del mercado autorregulado de *La Gran Transformación*.

En otros textos del autor², se esboza una interpretación de los motivos que produjeron la desvinculación entre la economía y la cultura. Según Polanyi las causas de ese desacople deberían buscarse en los mismos significados que adjudicamos a lo económico, ya que existen dos interpretaciones que diferentes y, en buena medida, contradictorias entre sí. Por un lado encontramos un significado *substantivo* de la economía, donde los seres humanos *requieren un entorno físico que les sustente, siendo dependientes de la naturaleza y del resto de seres humanos para lograr su sustento y su reproducción a través de una interacción institucionalizada* (Lahera Sánchez, 1999:31). En esta clave de análisis la actividad económica es un medio para solventar el sustento pero también un mecanismo de integración social.

Por el otro lado observamos un significado *formal* de lo económico. En esta perspectiva la economía refiere a una *relación lógica que se establece entre medios y fines para la adquisición de sustento que es a su vez dependiente de la noción de ahorrar o economizar* (Lahera Sánchez, 1993:31). Entendida desde este enfoque formal, la actividad económica se enlaza al principio de la acción racional individual. De acuerdo a unos fines determinados, y en un contexto caracterizado por la escasez

² Nos referimos a “El sistema Económico como Proceso Institucionalizado” y a *El sustento del hombre*.

generalizada de recursos, el sujeto actúa adecuando medios y fines de una manera económicamente racional. Muy esquemáticamente, esta manera implica lograr la máxima utilidad posible a costa del mínimo gasto (de tiempo, dinero, trabajo). Este es el fundamento último del denominado homo oeconomicus.

La teoría clásica, desde Adam Smith hasta David Ricardo, se valió de este significado formal para elaborar todas sus concepciones económicas. Sin embargo, este enfoque solo resulta operativo dentro del marco de una economía de mercado, específicamente del tipo autorregulado.

Con el derrumbe de la civilización del siglo XIX, este enfoque formal de la economía va a empezar a ser criticado. En búsqueda de nuevas interpretaciones que den cuenta de las crisis, las guerras y las revoluciones, Polanyi argumentará que la economía debe ser reensamblada dentro de la actividad cultural humana general. En este sentido es que considera que solamente *el significado substantivo de económico puede producir los conceptos que necesitan las ciencias sociales para la investigación de todos los sistemas económicos empíricos del pasado y del presente* (1976:156).

A partir de la concepción aristotélica del hombre, Polanyi va a criticar los fundamentos básicos del Homo oeconomicus:

Aristóteles tenía razón: el hombre es un ser social, no un ser económico. Adquiere posesiones materiales no tanto para satisfacer su interés individual como para lograr reconocimiento, estatus y ventajas sociales. Valora la posesión de bienes en tanto medio para lograr esos fines. Sus incentivos tienen esa naturaleza 'mixta' (1994:256)

Los móviles de la acción económica no pueden ser interpretados solo en términos utilitarios. Allí intervienen razones de distinta índole: la ganancia, pero también la religión, las relaciones de parentesco, el amor, etcétera. Volver sobre Aristóteles le permitió a Polanyi criticar dos de las ideas centrales del homo oeconomicus: *la universalidad de la racionalidad instrumental en los procesos económicos y la recurrencia del fenómeno de la escasez al margen de cualquier consideración material* (Rendueles, 2004:161). Podríamos agregar que volver sobre los aportes del estagirita, también permite criticar esa idea tan arraigada de que la acción económica es ante todo un acto individual. Diversos estudios, entre ellos los de Weber, habían concluido que

muchas prácticas comerciales se llevan a cabo entre comunidades y no entre individuos que se asocian libremente (Polanyi, 2007:274).

En última instancia, el autor recurre a las contribuciones de la antropología para terminar de echar por tierra los supuestos teóricos que rodean al homo oeconomicus. La observación de otras culturas no occidentales nos revela que las prácticas económicas no están necesariamente vinculadas a la búsqueda del beneficio material. El homo oeconomicus se nos revela más como una ficción ideada por el análisis económico que como una realidad consistente. Como sostiene Kaplan:

El homo oeconomicus del análisis económico acaba integrado en un mundo sumamente idealizado, en el que los individuos actúan con una total información y previsión, adoptando tan sólo decisiones económicas racionales para la maximización de sus fines, sin aparecer en este esquema teórico ningún tipo de limitación cultural; todo lo cual tiene poca relación con el sistema económico real y concreto, y con las posibilidades y situaciones en que los individuos actúan realmente (1976:217-218).

En definitiva, solo a partir del re-ensamble de la economía dentro del conjunto de prácticas culturales de una sociedad, y mediante un abordaje substantivo, podremos realizar interpretaciones valideras de los significados de las prácticas económicas.

El origen, el carácter y las implicancias del mercado autorregulado

La teoría económica ortodoxa difícilmente aceptaría un debate acerca de los orígenes y los pilares que sostienen a la institución mercado. Someter al mercado a un debate público implicaría, desde su punto de vista, restarle gran parte de su legitimidad. Al mismo tiempo, significaría imbricar al mercado dentro de una compleja red de tramas de poder político y conflicto social. Justamente el argumento contrario es el que sostiene la teoría neoclásica contemporánea. Su enfoque del mercado se ha nutrido en buena medida, de las contribuciones realizadas por los padres fundadores de la Economía, desde Adam Smith hasta David Ricardo.

Desde la óptica neoclásica contemporánea, el mercado es una institución espacio-mecanismo en que compradores y vendedores confluyen libremente y establecen contacto entre sí a fin de intercambiar bienes. Así, entre una oferta y una

demanda global libremente vinculada, se alcanzaría un precio de equilibrio para cada bien y el mercado se autorregularía de forma automática³.

Creemos nosotros que recién, con los aportes de la escuela denominada marginalista a fines del siglo XIX, se ha podido desprender efectivamente a la institución mercado del contexto social circundante. Muchas veces se ha pretendido observar en la obra fundacional de la disciplina económica, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de Adam Smith, el origen del mercado autorregulado. Sin embargo, una lectura atenta de la obra nos indica, por lo menos a nosotros, que allí conviven visiones de la actividad económica, del mercado y del valor diferentes y, en algunos, casos contradictorias. Por ejemplo, podríamos indicar la existencia de dos teorías del valor: una vinculada al trabajo humano, otra, vinculado a los costes de producción. A nuestro criterio, el giro conceptual fue realizado por la escuela marginalista. Para nosotros, ellos produjeron la vinculación entre valor y utilidad marginal, así como consagraron la idea de que el mercado se autorregula a sí mismo.

La crítica de Polanyi a Smith es mucho más radical que nuestros planteos. Para el autor, la sugerencia smithiana de que *la división del trabajo en la sociedad dependía de la existencia de mercados* (Polanyi, 2007:91) es el origen de gran parte de los problemas. Esta interpretación errada, sumada a la idea de que *en el estado primitivo y rudo de la sociedad*, en términos de Smith, los hombres ya poseían una propensión natural a intercambiar cosas, condujo a la civilización occidental a organizarse totalmente alrededor de la institución mercado.

Para Polanyi, el mercado no es una institución que surja naturalmente de la interacción humana. A partir de investigaciones históricas y antropológicas concluye que aunque *el comercio, así como los usos del dinero, es tan antiguo como la humanidad; mientras que los mercados, aunque lugares de reunión con carácter económico han existido casi desde el neolítico no ganan importancia hasta la historia relativamente reciente* (Polanyi, 1976:167-168).

En el mismo sentido, Mauss observaba en *Sociología y Antropología* la existencia de sociedades sin mercado:

³ Esta explicación esquemática del proceso económico no pretende reducir su complejidad. Solo es operativa a los fines de la exposición. De hecho, ni siquiera hemos introducido el dinero que requeriría de complejizar mucho más la definición dada.

Durante mucho tiempo, la civilización germánica ha carecido de mercado, conservando una forma fundamentalmente feudal y campesina, para la cual la noción e incluso la palabra de precio, de compra y de venta parece ser de origen reciente (1979:241).

Aunque el mercado puede emerger en civilizaciones y épocas diferentes, la característica que distingue a la civilización del siglo XIX es que se organizó enteramente alrededor de esa institución. Es en palabras de Polanyi *una civilización única en la Historia* (Lahera Sánchez, 1999:43). En esa arqueología del mercado que el autor realizó en *La Gran Transformación*, se puede rastrear el origen del tipo autorregulado.

El análisis histórico ha demostrado que ya en los siglos XV y XVI existían mercados locales en las ciudades de Occidente. A partir de la acción estatal, esos mercados se unificaron y se transformaron en espacios-mecanismos nacionales. Esta conversión es fundamental porque implicó que las economías nacionales se organizaban de allí en más alrededor de la institución mercado. El siguiente pasaje implicó la transformación de los mercados nacionales en un único mercado mundial. Esta tendencia hacia la expansión global del mercado, en la perspectiva de aquella civilización del siglo XIX, reflejaba un movimiento totalmente natural originado en el carácter propio del hombre a intercambiar cosas con otros. Incluso, y esto es fundamental, el trabajo y la tierra también se convirtieron en bienes de cambio que se ofertaban y demandaban libremente en el mercado. Así, la civilización del siglo XIX quedó totalmente sometida al mercado.

Sin embargo, todavía no hemos dicho nada sobre la especificidad del mercado de aquella civilización del siglo XIX: la autorregulación. Someramente, un mercado con estas características implica que *en sí* posee los mecanismos para auto-ajustarse. Existe un conjunto de supuestos que claramente, como indicó Polanyi, no se cumplen en la realidad sobre los que reposa esta concepción. Entre ellos podríamos mencionar: la existencia de mercados para todos los productos (incluyendo al trabajo y a la tierra), la presencia de dinero, el comportamiento racional económico de los sujetos (solo movilizados por fines utilitarios) y un ajuste automático entre la oferta y la demanda de bienes. Creemos que está claro que el carácter autorregulatorio del mercado no es más que una ficción. Sin embargo, no era percibido así por aquella civilización del siglo XIX.

Las implicancias lógicas de regular toda la vida social alrededor de la institución mercado son claras: los lazos sociales se debilitaron o se destruyeron completamente. Las acciones económicas vinculadas anteriormente con prácticas religiosas, costumbres culturales o con otras dimensiones de la vida social fueron dislocadas. Cualquier práctica económica debía pensarse ahora en el marco del mercado autorregulado. La sociedad no sufrió esta mercantilización de la vida pasivamente; se resistió y articuló respuestas: La ley de Speenhamland de 1795 es un ejemplo histórico, entre muchos otros, de su defensa.

El circuito económico: Producción, Distribución, Circulación y Consumo

El circuito económico ha sido tradicionalmente definido a partir de sus cuatro fases internas. Estas son conocidas como: producción, distribución, circulación y consumo. Aunque esta conceptualización es más bien producto de una tradición de pensamiento occidental, como sostienen algunos autores, *estas categorías analíticas responden a formas de interacción social observables en todas las sociedades* (Narotzky Molleda, 2003:133). Sin embargo, agregamos nosotros, es probable que en la práctica económica real estas fases no aparezcan tan perfectamente diferenciadas. Por el contrario, seguramente se solapan o se entremezclan entre sí.

Aunque nos interesa concentrarnos exclusivamente en la dimensión final del proceso económico, referida al consumo de los bienes, debemos hacer antes alguna descripción breve sobre cada una de las fases.

Toda actividad económica se inicia con el proceso de producción de un bien. Esta relación entre el Hombre y el Medio fue analizada en muchas ocasiones como una operación extractiva, donde el Hombre explota su entorno físico para lograr una utilidad material. La actividad productiva ha revelado ser mucho más compleja. Como sostienen algunos autores, el Medio no es un receptor pasivo de la acción humana, ni tampoco conforma un espacio ahistórico. Por el contrario, el Medio en el que actúa el hombre representa *el resultado de relaciones pasadas entre individuos, grupos, comunidades y sociedades más amplias que se adaptan y al tiempo transforman el medio natural en que habitan* (Narotzky Molleda, 2003:136). En esta óptica de análisis, el hombre nunca actuaría por primera vez: la acción de producir se desarrolla en un Medio que acumula experiencias individuales y relaciones sociales anteriores.

Las dimensiones de la distribución y la circulación de bienes son quizás las más interesantes para el análisis. El énfasis que colocó Polanyi en su estudio, a la luz del aparato conceptual antropológico, nos indica su importancia. No nos interesa tanto remarcar cuales son las diferencias entre intercambio y circulación⁴. En cambio, si queremos destacar que ambos procesos ocupan el lugar de la intermediación, entre el inicio de la actividad de producción y el final dedicado al consumo del bien, en el proceso económico general.

En la perspectiva del autor, la economía, como venimos diciendo, no puede ser disociada de los marcos culturales generales de la sociedad. Antes que nada, las prácticas económicas son formas de integración social que *designan los movimientos institucionalizados a través de los cuales se conectan los elementos del proceso económico, desde los recursos materiales y el trabajo hasta el transporte, almacenamiento y distribución y mercancías* (Lahera Sánchez, 1999:109). Se trata de movimientos institucionalizados, en términos del autor, porque se encuentran *incrustados* culturalmente en la sociedad en que se desarrollan. Estas formas de integración social (y económica) revisten al menos tres modos históricos distintos: reciprocidad, redistribución e intercambio.

Ni la acción recíproca, ni el acto de redistribución de bienes suelen ser asociados a lo económico. Sin embargo, son formas de integración social multidimensionales que implican la religiosidad, el parentesco y también a la economía. Como vemos a continuación, Polanyi acude a los textos de Malinowski y a los isleños de las Trobriand para argumentar sus ideas:

El hombre que provee a su hermana y a la familia de su hermana, entregando lo mejor de su cosecha, ganará principalmente el crédito otorgado a su buen comportamiento, pero obtendrá escaso beneficio material inmediato a cambio; si es negligente, será ante todo su reputación la que sufrirá. El principio de reciprocidad operará en beneficio de su esposa y sus hijos, y así lo compensará económicamente por sus actos de virtud cívica (Polanyi, 2007:96).

Esta es claramente una acción recíproca de movimiento de bienes entre partes que, agregamos nosotros siguiendo a Polanyi, se sostiene en una relación de simetría entre

⁴ Mientras que la distribución refiere a la manera en que se colocan los bienes entre los individuos o grupos de una sociedad, la circulación trata sobre su movimiento.

las partes implicadas. Incluso en este ejemplo particular, donde media un espacio de tiempo bastante amplio entre la acción de dar y la de recibir (el hombre entrega su mejor cosecha sin recibir nada a cambio; la devolución del don será recibida por su familia), estamos hablando de una práctica eminentemente económica.

Por su parte, la redistribución de bienes representa un movimiento que no es realizado entre partes simétricas (personas, familias o tribus de igual jerarquía). Por el contrario, los bienes son enviados unidireccionalmente hacia un centro y desde allí son redistribuidos nuevamente entre todas las partes del conjunto social. Polanyi ejemplifica este movimiento -también basándose en las observaciones empíricas de Malinowski- de bienes mediante la entrega que realizan los cabecillas de gran parte del producto al jefe de la comunidad. Posteriormente, el jefe será el encargado de distribuir entre todos esos bienes almacenados. Evidentemente, esta operación económica no está basada en la simetría de las partes involucradas, por el contrario, se sostiene en el principio de la centralidad de la acción económica.

El último de los modos de integración social es el intercambio. A diferencia de los dos tipos anteriores, el intercambio si requiere la existencia de un mercado para operar. En tal sentido, esta acción de intercambiar bienes en un espacio-mecanismo específico y en un momento determinado, es mucho más reciente que las otras dos formas de integración social mencionadas, ya que, como dijimos en el apartado anterior, la institución mercado sólo cobró importancia en los últimos siglos de la historia de la Humanidad.

Respecto a la acción de intercambio, Lévi-Strauss, tan solo unos años antes, en 1949, había escrito que Mauss ya había observado en otras sociedades que el intercambio *no sólo tiene esencialmente un carácter económico, sino que nos pone en presencia de lo que con acierto denomina un 'hecho social total', vale decir, dotado de una significación a la vez social y religiosa, mágica y económica, utilitaria y sentimental, jurídica y moral* (Lévi-Strauss, 1993:91). A partir de estos aportes, que se encuentran en la misma sintonía que los argumentos polanyianos, queda claro que la acción de intercambio tiene significados múltiples que exceden una esfera arbitrariamente definida como económica. Este tipo de intercambio, ficticiamente delimitado, solo es característico del tipo de mercado autorregulado.

Por último, desde nuestro punto vista, la dimensión de consumo no está analizada en la obra de Polanyi con el detenimiento que requiere. Por tal motivo,

dedicaremos el último apartado de este trabajo a su análisis. Siguiendo la perspectiva del autor, trataremos de enfocar la cuestión desde la perspectiva institucionalizada.

Comentarios Finales. ¿Qué sería un Consumo Institucionalizado?

Polanyi produjo este análisis histórico-antropológico de aquella sociedad del siglo XIX en la década de 1950. Tenía frente a sí el fin de un largo proceso civilizatorio: su inicio hubo que rastrearlo en la Inglaterra de la Revolución Industrial del siglo XVIII, mientras que su dramático final llegó con la crisis económica del año 1929 y la Primera Guerra Mundial.

Los pilares en que se sostenía aquella civilización fueron impotentes para evitar la caída. En las décadas de 1930 y 1940, Occidente produjo contra-movimientos defensivos frente a esa fe ciega en el mercado autorregulado que nos condujo a la debacle. Sin embargo, algunas de esas acciones defensivas resultaron ser aún más devastadoras; la aparición de los fascismos da cuenta de ello.

Hoy, a principios del siglo XXI, la vitalidad de los argumentos polanyianos es indiscutible. A pesar de las diferencias relativas a contextos históricos diferentes, creemos que el aparato conceptual polanyiano nos permite, sin realizar extrapolaciones forzadas, brindar alguna interpretación de la economía de nuestra época.

En la década de 1970, el discurso económico neoclásico, nutrido de buena parte de las concepciones liberales de antaño, pero despojándose de los argumentos más anacrónicos, impulsó una reorganización del credo. Algunos argumentos, específicamente la concepción del mercado autorregulado, son hoy día insostenibles. Sin embargo, enfocar la mirada sobre una dimensión particular de la vida social nos indica que allí perviven algunas ideas del viejo dogma. Específicamente nos referimos a la ficción del homo oeconomicus. En este sentido, creemos que deberíamos estudiar detenidamente la dimensión del consumo y sus móviles.

Expresiones tales como *sociedad de consumo* o *consumo de masas* nos indican la importancia que esa dimensión ha cobrado, desde mediados del siglo XX hasta nuestros días. Si bien este no es un tema nuevo, ya que ha sido abordado por muchos pensadores -entre ellos Horkheimer-, creemos que no debemos dejar de prestar atención a los modos de consumo en las sociedades actuales. La antinomia que contrapone al ciudadano con el consumidor también da cuenta de la importancia que esta dimensión ha cobrado en las últimas décadas.

¿De qué daría cuenta esta importancia que actualmente adjudicamos al consumir? ¿Se trata de un relegamiento de la acción política frente a un reposicionamiento privilegiado del consumo? ¿Qué implicaciones tienen estas modificaciones? Qué nuevas vinculaciones se establecieron entre el consumo y la construcción identitaria?

No tenemos respuestas a estas preguntas. A modo de hipótesis preliminar, podríamos decir que creemos que algunas de las características del homo oeconomicus perviven en lo que deberíamos denominar -siguiendo a Fromm- el homo consumens. Este tipo de hombre tiene un único fin: consumir. En tal sentido, recuperar la obra polanyiana nos brinda herramientas para emprender una crítica de esa ficción que vincula casi naturalmente al Hombre y al consumo.

La acción de consumo es representada, con gran ayuda de los medios de comunicación masiva, como una acción racional individual. Retomar a Polanyi y al enfoque antropológico en general, nos permite dar cuenta de las interconexiones que vinculan a la cultura y a la economía en una sociedad y que también alcanzan a la órbita del consumo de bienes. El acto de consumir no se da en el vacío social; sus móviles no pueden ser exclusivamente económicos. A la ficción del homo consumens debería contraponérsele un consumo socialmente imbricado con el entorno, mucho más responsable y acorde a la época. Creemos que, como sociedad, tenemos una tarea a emprender consistente en institucionalizar la órbita del consumo dentro de la cultura. Aunque la ficción del mercado autorregulado cayó, perviven estas nociones igualmente peligrosas sobre lo económico que producen concepciones ficticias sobre la naturaleza individual.

Bibliografía

- Kaplan, D. (1976). La controversia formalistas-sustantivistas de la antropología económica. En M. Godelier. (Comp.), *Antropología y Economía* (pp. 208-232). Barcelona: Anagrama.
- Lahera Sánchez, A. (1999). La crítica de la Economía de mercado en Karl Polanyi: El análisis institucional como pensamiento para la acción. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (86), 27-54.

- Lévi-Strauss, C. (1993). *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Planeta.
- Mauss, M. (1979). *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- Mendell, M. (2008). Karl Polanyi sobre el proceso instituido de democratización económica y el aprendizaje societal. *Revista Pekea*, (14), 1-7.
- Narotzky Molleda, S. (2003). Economía y Cultura: La Dialéctica de la Antropología Económica. *Quaderns de L'Institut Català d'Antropologia*, (19), 133-143.
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Polanyi, K. (1994). *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori.
- Polanyi, K. (1994). Nuestra obsoleta mentalidad de mercado. *Cuadernos de Economía*, 14 (20), 249-266.
- Polanyi, K. (1976). El sistema económico como proceso institucionalizado. En M. Godelier. (Comp.), *Antropología y Economía* (pp. 155-178). Barcelona: Anagrama.
- Rendueles, C. (2004). Karl Polanyi o la humildad de las ciencias sociales. *Nexo*, (2), 155-166.
- Smith, A. (1997). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.